

JOSÉ ZANCA, *Catolicismo y cultura de izquierda en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2024, 264 pp. ISBN 978-987-801-389-3

La consagración de Francisco como Papa en 2013 generó innumerables repercusiones a nivel global. Su figura se recortó sobre el poco común arribo de sacerdotes del sur a la dirección de la Iglesia católica, pero aún más debido a su procedencia ideológica, forjada a lo largo de décadas en la curia argentina. Identificado en la actualidad con la “izquierda cristiana”, bajo la defensa de los marginados, los inmigrantes y los pobres, Francisco llamó la atención de medios de comunicación, políticos y la opinión pública en razón de lo extraño que ha sido nombrar sumos pontífices vinculados con esta constelación de ideas. Pergeñar una explicación sobre cómo el Papa puede ser coligado con la izquierda católica, sin embargo, no es el objetivo del reciente libro del historiador José Zanca, autor que ha publicado ya varios trabajos sobre historia religiosa y católica argentina. Una completa comprensión del recorrido ideológico del Papa exigiría reconstruir otras etapas de su vida y por ende del catolicismo, lo cual no sólo no figura entre sus intereses, sino que considerar tal perspectiva, aquella que uniría pasado y presente sin más, anularía las singularidades del tiempo histórico en beneficio de una supuesta mayor capacidad explicativa de las continuidades. Más bien, su trabajo utiliza este hecho como un disparador a partir del cual estudiar en profundidad el heterogéneo mundo del catolicismo argentino entre las décadas de 1960 y 1970, con el fin de establecer las coordenadas que habilitaron el surgimiento de la denominada “izquierda cristiana”, momento en el cual Francisco comenzó su periodo formativo en el país.

El nombramiento del Papa argentino, claro está, no inició el interés de la historiografía por el universo católico nacional. Desde hace décadas, historiadoras e historiadores como Lila Caimari, Loris Zanatta, Claudia Touris y Miranda Lida, han reconstruido su historia institucional, sus ideas y actores. Sobre ese trasfondo bibliográfico, Zanca busca reconstruir y comprender la relación que el cuerpo católico y

en especial sus intelectuales tuvieron con la modernización y el crecimiento de la cultura de izquierda en la Argentina, cuyo resultado más nítido dio como resultado el surgimiento de lo que denomina la “izquierda cristiana”. Desde la lucha contra el fascismo y el franquismo español pasando por el fin de la segunda guerra mundial y el peronismo, un sector de catolicismo enfrentó el predominio que ejercían los sectores conservadores y de derecha, bajo el magisterio de la revista *Criterio*, desde los años diez y veinte. Con el paso de las décadas, la heterogeneidad interna del catolicismo se acentuó, a pesar de ciertas presunciones de homogeneidad. La aceleración del proceso de secularización, vía la modernización y la expansión de las izquierdas, concitaron dos rasgos estructurales del catolicismo en los años sesenta y setenta: por un lado, una jerarquía institucional que tendió a reforzar la unidad y rechazar todo cambio y, por el otro, un nuevo sector disidente que tensionó el estado de situación dominante (p. 12).

La dialéctica entre norma y disidencia, entre ortodoxia y heterodoxia, fue predominante dentro del espacio católico. A inicios de la década de los sesenta, la secularización que se había iniciado en el país a fines del siglo XIX se profundizó gracias a la modernización y la internacionalización de la vida social y cultural, al tiempo que los efectos de la Guerra Fría y los cambios en el “Tercer Mundo” emergían con toda fuerza. Zanca afirma que estas transformaciones globales dieron de plano en la Iglesia en materia institucional y cultural. Si entre los años cuarenta y cincuenta los procesos culturales y políticos habían generado un “humanismo cristiano”, bajo la idea de que “el hombre es una imagen de Dios” (p. 53), en los sesenta esa línea que ya cuestionaba la inmovilidad, la jerarquía y la poca adecuación de la Iglesia a los nuevos tiempos, vio surgir un cristianismo que, asumiendo una posición de izquierda institucional, buscó renovar su catálogo de ideas y prácticas a partir de establecer un diálogo con los medios masivos de comunicación, las ciencias sociales, el marxismo y el peronismo.

En el trazado de ese clima de la década de los sesenta, Zanca en el segundo capítulo advierte muy bien de qué manera la opinión pública a través de revistas modernas y de actualidad como *Panorama*, *Primera Plana* y *Confirmado*, pero también con otros medios como la radio y la televisión, pudo conocer los cuestionamientos que recibía la Iglesia católica, pero también influir en su diagnóstico. En particular,

estas publicaciones bregaban por una necesaria modernización del catolicismo si éste no quería quedar relegado ante los desafíos de una sociedad que ingresaba a los *sixties*. Ante tal desafío, un sector emprendió una adecuación a los cambios mediáticos que se suscitaban en la esfera pública. Los casos del jesuita José Aduríz y el padre Alejandro Mayol resultan nítidas expresiones de esos intentos de ajustar el mensaje católico a las nuevas plataformas comunicacionales, al participar plenamente en programas de radio y televisión, escribir libros, por ejemplo, a favor del existencialista católico Gabriel Marcel, y participar en revistas como *Estudios* y *Ciencia y Fe* (p. 82). Ambos, según Zanca, fueron claros ejemplos de la creciente presencia en los medios de comunicación de la “izquierda cristiana”, preocupada por asumir los desafíos que los tiempos acometían a la milenaria institución. Para el autor, estos intelectuales, junto a muchos otros, dejaron su huella al alentar una “desinstitucionalización del vínculo” entre laicos y religiosos, una necesaria incorporación de la tecnología al quehacer sacerdotal y una pérdida del “exclusivismo” tradicional, en beneficio de una mayor integración entre lo católico y las nuevas prácticas, discursos y valores que expresaban sobre todo los jóvenes.

En el siguiente capítulo, el libro avanza en este análisis de las modificaciones suscitadas dentro del mundo católico en los años sesenta, al abordar la relación entre la contracultura y su crítica a la modernidad tecnocrática con la teoría clásica de la secularización, gracias al impacto de obras como la del jesuita y paleontólogo francés Pierre Teilhard de Chardin. La crisis del dogma vigente producto de nuevas exigencias mundanas catapultó la necesidad de contar con “profetas” que se confrontasen con las prácticas y discursos de una *doxa* católica reacia a introducir cambios, como queda claro en las críticas al propio Chardin realizadas por el intelectual confesional Julio Meinvielle, quien años antes ya se había encargado de otro gran influyente autor como era Jaques Maritain, el padre del humanismo integral. Bajo ideas como la búsqueda del desarrollo económico y la confianza en la ciencia, pero con críticas tanto al capitalismo como a los “socialismos reales”, Chardin rápidamente se convirtió en una referencia en el panorama argentino, a tal punto que fue en este país donde sus obras más se publicaron a lo largo de toda América Latina (p. 125). Para Zanca, el estudioso jesuita francés representó mejor que nadie la búsqueda por adecuar la

Iglesia a la época, desde una perspectiva que asumía positivamente la modernización solventada en una nueva antropología que colocaba en el centro la idea evolutiva de la humanidad en razón de su historia y el despliegue de derechos inalienables. De ello derivaba la concepción de una sociedad en donde la “individualidad” podía ser compatible con un sistema económico y social solidario, ambos aspectos centrales en la configuración de un “hombre nuevo”, tan en boga entre los idearios de las izquierdas socialistas y nacional-revolucionarias.

La idea de “hombre nuevo” propuesta por Chardin, tantas veces citada por la historiografía para analizar a la nueva izquierda de los años sesenta, bajo el designio del “tercermundismo” y el magisterio de figuras como Ernesto Guevara, se convirtió en una clave de pasaje entre culturas políticas aparentemente distantes en los años sesenta y setenta. De origen cristiano, y usada por otras constelaciones ideológicas a lo largo del siglo xx en Occidente, su cita fue un punto de encuentro entre diversos grupos intelectuales. Fue un código. Una lengua franca que permitió el diálogo, no exento de debates, entre formaciones y figuras intelectuales pertenecientes a distintas tradiciones. Publicaciones como *Cristianismo y Revolución*, afín al espectro peronista cristiano, o *Pasado y Presente*, representante de la nueva izquierda socialista, e incluso un intelectual católico de gran prédica por entonces, como Conrado Eggers Lan, encontraban en el concepto de “hombre nuevo” una forma de conciliar posiciones sobre el origen de la injusticia y la desigualdad desde una mirada materialista pero también –como queda claro en el libro de Eggers Lan *Cristianismo, marxismo y revolución social*– inmaterial, producto de la falta de servicio y amor para con el prójimo (p. 163). Este mayor diálogo con la izquierda socialista/peronista por parte del catolicismo solventado en lecturas cristianas del marxismo como las que auspiciaba Eggers Lan, sumado al impacto de la Revolución cubana y los efectos suscitados por el Concilio Vaticano II, la Conferencia de Medellín y las posiciones de Pablo VI, confluyeron en configurar una “izquierda cristiana” que, a principios de los años setenta, y de manera veloz, dejaba atrás los dilemas de los años cuarenta y cincuenta sobre cómo enfrentar al mundo por abordar la cuestión de cómo transformarlo. Así, el catolicismo revolucionario estableció nítidas diferencias con el tomismo institucional tradicional pero también con el “humanismo” de los cincuenta. La revolución

social se imponía como un componente necesario frente a posiciones conservadoras o contrarias a todo cambio, como las que expresaban intelectuales conservadores todavía vigentes y con sumo poder como eran Hernán Benítez o el mismo Meinvielle.

En los dos últimos capítulos, el autor profundiza en el análisis de estas tensiones que afectaron la vida católica a nivel institucional y en su relación con la sociedad durante la década de los setenta. La lucha entre la izquierda y la derecha católica, lo mismo que ocurría en otras culturas políticas como el peronismo, en términos temporales duró poco, pero medido cualitativamente su impacto fue notable. En el mismo momento en que la izquierda parecía concitar un creciente predominio tanto a nivel institucional como de sus fuerzas intelectuales, también llegaba a su fin. Organizaciones y figuras como el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo, las Ligas Agrarias, la usina ideológica que fue la Comisión Episcopal de Pastoral (COEPAL) o filósofos como Enrique Dussel, a inicio de la década habían llevado a la “izquierda cristiana” a una expansión y penetración social y cultural, tal como lo efectuó la derecha en los años veinte. El paso de la “teología de la liberación” a una “teología del pueblo”, en donde la crítica a la modernidad se conjugó con el desprecio al colonialismo, la exaltación de lo “popular”, pero también con lo “burgués” y derivaciones como la “democracia liberal”, alcanzó amplia difusión y una densidad conceptual diáfana. Sin embargo, la división dentro del peronismo, en el cual muchos católicos de izquierda abrevaron a principios de 1973, sumado a los efectos de la creciente represión estatal ilegal apañada por la curia, minaron el tsunami en que se había convertido esta “izquierda cristiana” que amenazaba con descalabrar a la institución, sus dogmas y dirigentes.

Con la última dictadura militar iniciada en 1976 en la Argentina, todo rastro de izquierda en el espacio católico casi desapareció. Los conservadores y la derecha, como en los años diez y veinte, retomaron el control de la curia argentina. Se puso fin a esa rica y heterogénea vida cultural que había avanzado desde los años cuarenta y amagó con hacer implosionar todo en los setenta. Es entonces que, como se observó al inicio, el nombramiento de Francisco y la filiación directa que en los últimos años se estableció con la tendencia católica analizada, a los ojos del libro de Zanca, adquiere otro espesor. Si a finales del siglo xx la

“izquierda cristiana” parecía como mínimo ser una tradición residual, resulta sorprendente que a principios del siglo XXI se afirme que ésta ocupa el centro del espectro de ideas que guían el discurso de la máxima autoridad mundial del catolicismo. La crítica a la globalización, la postulación de la doctrina del “cuidado de la casa común” y la denuncia de la desigualdad, tal como afirma el historiador Diego Mauro, en efecto fueron algunos de los lineamientos del “nuevo humanismo” que el papado impulsó desde 2013 y que enlazan a Francisco con el clima de ideas durante su formación teológica y política, aunque resuena aquí más el modelo forjado por el papa León XIII de “cambio y continuidad” que el reformismo demandado por el Concilio Vaticano II. Las reminiscencias de esos años iniciales llevaron a muchos a preguntarse quién era efectivamente Jorge Mario Bergoglio durante esa época y cómo fue su derrotero al momento de convertirse en sumo pontífice. Responder a estas preguntas del presente con seguridad requerirá otro libro. Probablemente, sin leer y releer el que escribió José Zanca, nadie de manera seria y consistente podrá con certeza reponer una trayectoria plagada de luces y sombras como la del Papa recién fallecido.

Martín Ribadero

*Universidad Nacional de San Martín*